



MÚSICA EN EL HIELO

José CURT MARTÍNEZ



AY melodías que llevamos injertadas en el alma y que en un momento dado de la vida oímos y, sin saber muy bien por qué, nos paralizan con un impreciso sentimiento de nostalgia hasta que las reconocemos en nuestras entrañas con una inevitable punzada interior: aquel bolero nos hace sentir la piel tibia de aquella chica de ojos azules y del primer beso; y aquella romanza Marola de *La Tabernera del puerto* la cantaba mi madre cuando yo era pequeño y estaba contenta... Y sus alegres fusas y corcheas me la reviven plétorica de encanto y llena de vida.



Cecilia.

Igual me pasa con la música que oíamos en la Antártida hace 20 años. Nos la ponía el entonces teniente de navío Peñuelas por el altavoz del barco como fondo de los trabajos que hacíamos a la intemperie, mientras echaba chispas el *sparker*, o cuando los oceanógrafos largaban «el perfilador» y bajaban «la cebolla» a los fangos submarinos para hacer sísmica, o cuando buceaba por ellos el robot *Aquiles*, descubriendo a los asombrados ojos de los expedicionarios el arcano de una fauna bentónica palpitante de vida y de primicias.

Tres melodías me han quedado ancladas dentro para siempre, dibujadas de blanco desde la cubierta del BIO *Las Palmas: Mi querida España*, de Cecilia; *Héroes de la Antártida*, de Mecano, y *Antarctica*, de Vangelis. Curiosamente, las tres relacionadas con Marina en uno u otro sentido.

Cecilia, que en realidad se llamaba Evangelina Sobredo, nació el 11 de octubre de 1948 y un mortal accidente de tráfico quebró para siempre su voz de ruiseñor el 2 de agosto de 1976. Aquello de *Mi querida España/ esta España mía/ esta España nuestra...* entraba con un especial significado por el sistema circulatorio del oyente a 12.000 kilómetros de distancia de los secarrales de Castilla, tan lejano a las formaciones casi castrenses de los olivos plantados a marco preciso en Andalucía, tan a desmano de las lomas de curvas casi femeninas de la Cataluña hermosa y querida, tan distante del verdor lujuriente de las montañas vascas. Y con aquella música antártica, cualquier referencia al aldeanismo quedaba aplastada automáticamente por la emoción de aquellas estrofas: *Quiero ser tu tierra/ quiero ser tu hierba/ cuando yo me muera*, y el eufemismo *este País de los iletrados de nuevo cuño* volvía a ser la España de todos, la de siempre, en aquella voz cristalina.

Resulta que Cecilia era hija del embajador de España José Ramón Sobredo Rioboo. Nacido en 1909 ingresó en Intendencia de la Armada, con su licenciatura en Derecho recién estrenada, el 7 de julio de 1930. El 24 de noviembre de 1939, recién terminada la Guerra Civil, estaba destinado en Madrid, en la Dirección de Construcciones e Industrias Navales Militares. Extraigo de mis archivos que Sobredo se fue supernumerario el 6 de mayo de 1952 porque volvía a trabajar en su carrera diplomática, que en su momento había ganado

por oposición. Como la legislación lo permitía, en el Estado General de la Armada de 1962 aún figuraba como teniente coronel de Intendencia, y cogía el avión desde sus destinos en Jordania, Reino Unido, Filadelfia o Lisboa para acudir puntualmente a las reuniones y aniversarios que organizaban sus compañeros de Marina, vestido con el botón de ancla, ascendencia de la que siempre se sintió orgulloso. Cecilia: de tal palo, tal astilla.

Ana Torroja y los hermanos Cano, José María y Nacho, se lucieron de verdad con aquellos *Héroes de la Antártida*. Entre el ulular inmisericorde del viento y el bramido descoyuntado de la soledad antártica que se oían de fondo en su canción, la tragedia se iba fraguando en aquel paisaje de hielos infinitos: 18 enero 1912, el capitán Scott, acompañado de Evans, Wilson, Bouves y Oates, alcanza el Polo Sur. Pero fracasa en la hazaña de ser el primero. Sobre el punto de latitud cero ondea la bandera noruega del explorador Amundsen. Exhaustos y fracasados, emprenden el regreso.

Naturalmente, la preciosa balada de Mecano impide cualquier alusión intencionada a esa *latitud cero* que se les coló como un gazapo. *Cuando muere Oates tiene también las manos heladas/ pero nadie le quiere abando-*



Mecano.

nar/ y mientras duermen/ sale al paso de la eternidad. Después caerían sus cuatro compañeros. Yacen hoy a más 30 metros de profundidad enterrados por la nieve que ha caído en el discurrir del siglo que casi ha pasado ya desde su muerte: *No hubo lápidas/ no hubo pláticas.*

Antactica es, de las tres partituras que me andan por dentro, la que inevitablemente me une más al *Las Palmas*. La primera de ellas me removía la patria lejana; la de Mecano, la parte humana de un continente terrible; Vangelis, un barco de guerra de pabellón español, el primero después del *San Telmo* que había vuelto a los hielos.

No entiendo mucho de música electrónica, pero comprendo que se considere al griego Vangelis como un músico clásico contemporáneo. Buena prueba son las bandas sonoras de las películas *Carros de Fuego* y *El año que vivimos peligrosamente*, que son formidables. Y también *Antarctica*, compuesta para otra película japonesa, que según dicen tuvo un gran éxito. Yo no la he visto, pero me basta con haberla oído.

Ahora bien, desde el primer momento *Antarctica* me pareció compuesta para una Antártida más sosegada que la tópica de los extremismos climáticos. Seguramente que Wagner hubiese ido mejor para la ventisca y el maretón irritado, pero para uno de aquellos plácidos días sin noche, que también se daban de vez en cuando en aquellos confines helados, lo de Vangelis era insustituible. Tanto que ahora cierro los ojos en una rendija y al ritmo de *Antarctica* puedo ver a nuestro remolcador que navega cabeceando suavemente sobre un espejo de agua ancho y largo surcado de ballenas, delfines y focas, la tercera dimensión con el vuelo del albatros, que es el colmo de la delicadeza. Y sólo se interpone en su derrota una alfombra blanca de *brass*, el escombros antártico, que también es inofensivo porque se retrae a su paso como cuando las aguas del mar Rojo se abrieron para que Moisés cruzase a la tierra prometida. Y en la solemnidad de nieblas transparentes que sugiere esta música, la vida dormita en un sopor sin pesadillas. Y es que lo de Vangelis *no es del lugar donde brilla una luz que expresa el frío del mundo*, como se lamentaba Verne, sino que es melodía para el recuerdo, y oyéndola el expedicionario llega a creer que su vida se ha paralizado en la Antártida de hace 20 años, y que como Fausto nunca envejecerá, y eso sin necesidad de cremas antiarrugas ni de tener que vender el alma al diablo a precio de saldo, porque la evocación del hielo está fuera de la inquietud, de la fealdad y de la terca competencia que impone eso que llamamos progreso, y que después de haber vivido, gozado y sufrido la Antártida ha pasado a un segundo plano.